

# 1 HISTORIA DE LA MERCED

1. La Merced, regalo de Cristo
2. Contexto. Del siglo XII al XIII cruzados y redentores
  - Un tiempo especial. La frontera musulmana, el reto de la nueva burguesía
  - Un tiempo como el nuestro.
3. Teología de la guerra santa
  - Cruzadas
  - San Bernardo
4. Domingo y Francisco. La verdad y la “pobreza”, dos heridas
  - En el plano del saber se han situado los predicadores de Santo Domingo
    - El tema de la verdad
    - Cambiar el mundo por el conocimiento
  - En el plano de las riquezas y el poder, se ha situado Francisco de Asís
    - El tema de la riqueza
    - Cambiar el mundo compartiendo los bienes
5. Pedro Nolasco, la herida de la libertad
6. Una ampliación. San Ignacio de Loiola
7. La Merced, un signo mariano.
8. Esquema final
  1. Plano social
  2. Plano religioso
  3. San Juan de Mata y San Pedro Nolasco

## HISTORIA DE LA MERCED

Las diferentes congregaciones y asociaciones que llevan el nombre de la Merced se inspiran en la obra de san Pedro Nolasco y sus primeros compañeros y compañeras que, a partir del año 1202, instituyeron en Barcelona un movimiento de tipo religioso y social, para visitar y liberar a los cristianos que, por circunstancias adversas a la dignidad de la persona humana, se encontraban en peligro de perder la fe. Pasados unos años, en 1218, los primeros mercedarios varones constituyeron una Orden religiosa, de vida comunitaria, que fue aprobada por la iglesia universal (año 1235).

### 1. La Merced, regalo de Cristo

Merced significa *don o regalo*, es decir, aquello que se ofrece y regala gratuitamente, oponiéndose, por tanto, a las normas y principios del *mercado*, donde las cosas (incluso los hombres) se compran y venden, según conveniencia o imposición de los más fuertes. Ambas palabras poseen en los idiomas latinos una misma raíz: *mercado* es el lugar e institución donde se compra o negocia según ley alguna cosa por dinero (de ahí viene mercenario: alguien que vende sus servicios, sobre todo para acciones militares); *merced*, en cambio, es aquello que gratuitamente se ofrece, por amor, a favor de los humanos, a fin de que ellos puedan ser y vivir en libertad y plenitud humana.

*Merced* significa gracia, y así se emplea todavía en diversas lenguas: "hágame la *merced*..., *merci*, *moltes merces*, *mezedez*, *mercy* etc. Existía y existe una tendencia al legalismo religioso: se tiende a mirar la Ley como signo superior de Dios, a interpretar la piedad como un cumplimiento de normas o principios de justicia, que confirman y avalan el orden de cosas que existe en el mundo. En contra de eso, Jesús quiso revelar a los hombres la gracia de Dios, en forma de perdón, de regalo y redención. Por eso decimos que fue Redentor universal: era *experto en opresiones*, conocía por dentro el dolor de los enfermos, la angustia de los pobres, el llanto y la desesperanza de los expulsados de la sociedad (leprosos, publicanos, prostitutas, etcétera); era, al mismo tiempo, *experto en redenciones*, es decir en ayudar con su palabra y obra, con su amor y entrega, a los diversos tipos de necesidades. Por eso podemos llamarle el primer mercedario, principio de libertad.

Jesús, primer mercedario, fue el iniciador del *evangelio*, de la buena noticia de liberación para los hombres. No vino a resolver por fuerza los problemas: por eso no ha curado a todos los enfermos, ni ha impuesto su reinado político en el mundo, ni ha enseñado la palabra de gracia y libertad a todos los que estaban oprimidos por el peso de la vida sobre el mundo. Él ha hecho algo más profundo: iniciado un camino de gracia y libertad, para que nosotros podamos asumirlo y recorrerlo, realizando con su ayuda la tarea de liberación universal, por gracia. Por eso, cuando los discípulos del Bautista le preguntan si es él quien ha de venir ha respondido: "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados" (cf. Mt. 11, 2-6). Esta es su palabra más profunda, en ella quiere fundarse la tarea mercedaria: sólo allí donde los mensajeros de Jesús ayudan los pobres, curan a los enfermos puede hablar de salvación final de Dios, de la resurrección de entre los muertos.

*En la línea de Jesús ha querido actuar los primeros mercedarios y mercedarias*, formando un grupo religioso de "consagrados", que consta de órdenes y congregaciones especiales, y un grupo más extenso de *cristianos comprometidos en la tarea de merced*, es decir, de liberación gratuita de los hombres. Desde el comienzo de la historia mercedaria (siglo XIII) hasta la actualidad (siglo XXI) diversos grupos de cristianos han participado de la obra de liberación, formando cofradías o fraternidades especiales (Orden Tercera, asociaciones laicales etc). Ellos siguen siendo un regalo de Dios para los pobres y oprimidos del mundo, regalo de gracia, regalo de libertad. Así podemos concluir este primer apartado *merced* tiene para los mercedarios el sentido más preciso de *redención gratuita de*

*los cautivos y oprimidos*. Hombre o mujer de merced es alguien que ofrece su vida para la libertad de los demás, conforme al modelo de Jesús, siguiendo el ejemplo de Pedro Nolasco y los primeros mercedarios.

## 2. Contexto. Del siglo XII al XIII cruzados y redentores

Estos siglos no se toman aquí de un modo estricto. Los hechos que pasaron en el mundo occidental en torno al 1200 fueron tantos y tan ricos que es difícil resumirlos en un mismo contexto. A pesar de eso, mirando las cosas a través del cernidor del tiempo, podemos hablar de ese período como de algo especial en nuestra historia.

La *cristiandad occidental* se había conformado de una forma consciente y unitaria. Tras la lucha por las investiduras (siglo XI), donde el brazo eclesiástico (papa) y civil (emperador) se habían puesto a prueba, parecía que los pueblos cristianos descubrían su poder, su identidad y sentido dentro de la tierra. Ese poder e identidad se irá probando en todo el siglo XII en una lucha exterior (cruzadas), por un camino intelectual (teología, nuevo pensamiento). Al mismo tiempo, surge una clase diferente (burguesía). Así empieza el siglo XIII.

El siglo XII empieza con el estallido de la *primera cruzada* (1095-1099) y la conquista de Jerusalén (1099), para acabar con la caída de la ciudad santa (1187). No existen todavía estados nacionales propiamente dichos, ni una estructura social independiente de la religiosa. Hay *cristiandad*: reinos, principados, territorios que giran en torno a varios centros de influjo político y sobre todo en torno al papa. Surge un nuevo tipo de vida social que está buscándose a sí misma y quiere definirse partiendo de sus propias posibilidades militares, burguesas, cristianas.

Al norte, hacia el este quedan pueblos que no han sido todavía bien cristianizados. Pero no presentan gran peligro. Poco a poco van entrando en la unidad de la Europa occidental cristiana. Al oriente están los ortodoxos del imperio bizantino. Teóricamente, se conciben como aliados; pero su misma evolución social y religiosa les ha ido llevando a separarse del cuerpo que occidente forma en torno al papa; van quedando un poco al margen, tienen su historia y vida diferente.

En las fronteras de la cristiandad quedan *los otros*, es decir, los musulmanes. Ellos se extienden sin cesar, en una línea que va desde el poniente (España), cruza por el centro del Mediterráneo y llega hasta el oriente: Egipto, Siria, Palestina. Se puede asegurar que todo el mundo conocido se halla roto en dos mitades que forman una especie de polos enfrentados sin cesar en lucha por la supremacía de la tierra.

Esa lucha se concibe como guerra santa. Sabemos bien que los primeros cristianos fueron enemigos de la guerra y extendieron su fe a través del testimonio, la palabra y el ejemplo de la vida. Más tarde, cuando algunos pueblos ya cristianos se enfrentaron con los bárbaros paganos que forzaban sus fronteras, comenzó a mirarse ya la guerra como un hecho permitido y hasta religioso: era una forma de proteger a los creyentes frente al riesgo que significaban los infieles. Es evidente que esta nueva perspectiva deja en sombra algunos rasgos del mensaje de Jesús y acentúa otros que brotan del AT.

Pues bien, en una línea que se hallaba cerca del AT se movían ya los musulmanes, que entendían y practicaban la guerra santa como medio de conquista y expansión creyente. Ellos aparecen empleando tácticas muy claras de lucha religiosa, amenazando a los cristianos, desde España hasta Bizancio. Es normal que ese contraste musulmán, unido a las nuevas circunstancias religiosas y sociales de este siglo XII, desemboque en lo que fueron las grandes *guerras santas* de la iglesia cristiana, las cruzadas.

Estrictamente hablando, las cruzadas no se concibieron como guerra total. No fueron un combate generalizado de cristianos contra musulmanes. Se encontraban más bien localizadas en torno a Palestina y tenían como meta la conquista y libertad de la tierra santa, especialmente del sepulcro de Jesús. La nueva cristiandad que se formaba entonces intentaba volver hacia su origen:

tenía que encontrar su identidad, su punto de partida en aquel trozo de tierra donde Jesús vivió y fue muerto. Sólo así podría extenderse hacia su propio destino universal, abierto a todas las naciones.

No fueron guerra total, pero expresaban una actitud de totalidad. Los cristianos quieren redescubrir su identidad en la tierra sagrada de Jesús y van allí para conquistarla. Ciertamente, ellos no olvidan su vocación de misioneros: saben que el mensaje de Jesús se extiende en actitud de paz, a través de la palabra; pero piensan también que ese mensaje se halla amenazado por la fuerza y con la fuerza quieren defenderlo. Justifican así la guerra santa, como lo hará el caballero *Don Quijote*, de Cervantes: “los varones prudentes... por cuatro cosas han de tomar las armas: la primera para defender la fe católica” (2.<sup>a</sup> parte, c. 27).

Se plantea así en toda crudeza el tema de la guerra *santa*: *santa para los musulmanes*, que propagan y aseguran su fe por medio de la espada; *santa para los cristianos* que, elevando el estandarte de la cruz que les ofrece el papa, defienden sobre el mundo la presencia y libertad de Jesús, tal como viene a expresarse por la iglesia. Esta guerra de cruzada, hecha en el nombre de Jesús, puede expresarse y realizarse de diversos modos.

- Normalmente, *las grandes cruzadas* pretendían rescatar la tierra santa (Palestina) cautivada por los musulmanes.
- En otros casos, por ejemplo en España, se tomaba por cruzada un tipo de lucha por la *reconquista* de unas tierras que los cristianos pretendían como propias.
- También se hacen cruzadas *para rescatar a los cautivos*, es decir, para liberar a los cristianos que por guerra o conquista musulmana se encontraban bajo su dominio.

### 3. Teología de la guerra santa

Las cruzadas son el hecho más significativo de la historia de occidente en todo el siglo XII. Partiendo de ellas, entendemos el surgimiento de los nuevos *religiosos caballeros* (militares), el *nuevo derecho y teología* que defiende la guerra santa y finalmente la *lítica* que invita a la conquista de Jerusalén como expresión de amor a Jesucristo. De todo eso hablaremos.

- *Surgen entonces caballeros militares*, profesionales de la guerra: hombres que rompen las antiguas ataduras (familia, casa, hacienda, campo) para vincularse a la defensa de la tierra (Palestina) o de los fieles cristianos que están amenazados por los musulmanes. Ellos reasumen las palabras del AT sobre la guerra de Israel contra los pueblos enemigos (Egipto, Babilonia); recrean en sentido militar los símbolos guerreros que el NT emplea hablando de la lucha contra el mal (cf. Ef 6, 10-20); se sienten vinculados a la gran batalla escatológica (cf. Ez, Zac, ApJn...) que un día los fieles de Israel (iglesia) han de librar contra los pueblos enemigos. Ellos quieren ser testigos privilegiados de Jesús en estos tiempos de combate y esperanza.
- *La más significativa es la Orden del Temple*, fundada en 1119 para la defensa del templo de Jerusalén y de la santa iglesia. Sus nuevos religiosos-caballeros se encontraban al servicio de la iglesia militante, sometida sobre el mundo a la persecución de los malvados (musulmanes, enemigos de la fe). Por eso militaban, arriesgando su vida con Jesús por defender a los cristianos que se hallaban en peligro. La misma cruz que era señal de la victoria de Jesús sobre las fuerzas del mal se ha convertido en estandarte: es signo de la lucha de los nuevos redentores que combaten y mueren por lograr que los cristianos tengan paz sobre la tierra.
- *Resulta muy significativa en este plano la gran regla de los caballeros teutónicos*, fundados en 1190 para luchar como Abrahán (cf. Gn 14, 1-24) por liberar a los hermanos cautivados en manos de los reyes (pueblos) enemigos (*Regula*, 2, 15-30). Tres son los rasgos que definen a la nueva *milicia*: a) los caballeros *siguen sufriendo con Jesús*: todo lo han dejado para padecer con Cristo y morir en nombre suyo, llevando así su cruz de dolor sobre la tierra; b) sufren para *rescatar la tierra santa* que perteneciendo a los cristianos, se halla cautivada en poder de musulmanes: ella es signo de Jesús, es su recuerdo sobre el mundo; por eso es necesario liberarla, para que los fieles puedan descubrir en ella a Cristo; c) finalmente, estos soldados de Jesús se

---

Sobre las órdenes militares, especialmente en España, cf. J. F. Conde y A. Linaje, *La Renovación religiosa*, en Varios, *Historia de la Iglesia en España*, II-I. Madrid 1982, 348-405, con amplia bibliografía.

comprometen por voto a *combatir la tiranía de los enemigos de la iglesia*; en este aspecto, son lugartenientes de Dios y como “nuevos macabeos” dan la vida por lograr la paz para la iglesia (*Ibid.*, 3). (cf. M. Perlbach, *Die Estatuten des Deutschen Ordens nach den ältesten Handschriften*. N. Niemeyer, Halle 1890).

Este ideal de lucha ha penetrado en el mismo lenguaje del *derecho sagrado*, tal como lo muestra el *Decreto* de Graciano (1160): la iglesia puede proclamar la guerra santa (o de cruzada) contra los infieles, combatiendo así a sus enemigos, persiguiendo a sus herejes. Es guerra que ha de hacerse contra los que oprimen a la religión, esto es, aquellos que son una amenaza para la vida y libertad de los cristianos. Por eso es justo combatir en contra de aquellos musulmanes que aparecen como perseguidores de los fieles. En esta perspectiva se sitúa la palabra de *Tomás de Aquino*:

Hay infieles que nunca han recibido la fe, como son los gentiles y los judíos. Estos no deben ser obligados de ninguna forma a creer, porque el acto de creer es propio de la voluntad. Deben ser, sin embargo, forzados por los fieles, si tienen poder para ello, a no impedir la fe con blasfemia, incitaciones torcidas o persecuciones manifiestas. Pero esta razón, los cristianos suscitan con frecuencia la guerra contra los infieles, no para obligarles a aceptar la fe (pues si los vencen y hacen cautivos los dejan en su libertad para creer o no creer), sino para forzarles a no impedir la fe de Cristo. Hay, sin embargo, infieles que han recibido alguna vez la fe y la profesan, como los herejes y los apóstatas. Estos deben ser, aun por la fuerza física, compelidos a cumplir lo que han prometido y mantener lo que una vez han aceptado (*S. Th.*, 2,2, q. 10, a. 8).

La guerra santa ofrece, por tanto, dos modelos: a) *contra los herejes*, para obligarles a cumplir su compromiso cristiano; b) *contra los infieles*, para que no opriman ni cautiven a los infieles, poniendo así en peligro el desarrollo y libertad de su fe. Ciertamente, Tomás de Aquino sabe, con toda la tradición cristiana, que no puede obligarse a creer por medio de la fuerza. Pero piensa que se debe emplear la fuerza para defender la fe que existe y que se encuentra amenazada; por eso, siempre que haya cristianos cautivados (en contexto de persecución), es conveniente proclamar la guerra santa para liberarlos, impidiendo así que los infieles los persigan, opriman, con riesgo de perder la fe.

Además de esta postura que llamamos jurídica, se extiende un nuevo tipo de reflexión sobre la guerra santa, reflejada por ejemplo en los escritos de *san Bernardo*. Se trata de una *teología de cruzada*: una alabanza dirigida a los soldados de la nueva milicia de Jesús (templarios) que combaten en tierra palestina, defendiendo así la causa del Señor contra sus adversarios:

Ha nacido una nueva milicia, precisamente en la misma tierra que un día visitó el sol que nace de lo alto (Jesús), haciéndose visible en la carne. En los mismos lugares donde él dispersó con brazo robusto a los jefes que dominan en las tinieblas, aspira esta milicia exterminar ahora a los hijos de la infidelidad en sus satélites actuales, para dispersarlos con la violencia de su arrojo y liberar también a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo (*De laude novae militiae. Ad milites Templi*. En *Obras completas* I. Madrid 1983, 496-543).

Esta es una relectura militar del Benedictus (Lc 1, 67-79) que, partiendo de modelos bélicos del AT, Lucas (o el antiguo autor cristiano) había desmilitarizado. Por medio de Jesús, que nace pobre y muere y muere sin defenderse, Dios ha vencido según *Lucas* la gran guerra contra los poderes opresores (cf. Ef 6, 12), abriendo para el hombre un ámbito de paz universal y comunión gratuita. Pues bien, *Bernardo* ha remilitarizado las palabras viejas, poniéndolas de nuevo en su matriz de AT: en la misma tierra de Jesús, como ministros de su guerra santa, los nuevos caballeros

---

están determinados a exterminar a los que son hijos de ira, a los infieles (cf. Ef, 2, 2; 5, 6), para liberar a los creyentes oprimidos, suscitando así el gran reino o cuerno de salvación de Dios sobre la tierra (cf. Lc 1, 69).

Estamos en la *batalla escatológica*. Estos militares luchan, a la vez, contra los soldados de este mundo (musulmanes) y contra los poderes espirituales del mal (cf. Ef 6, 12). Se encuentran en el centro de ese gran combate que, expresándose en el mundo, enfrenta a los príncipes del bien (Cristo) con las fuerzas superiores de los malo (el diablo). Por eso, esta guerra se presenta como un tipo de sacramento:

Marchad, pues, soldados, seguros al combate y cargad valientes contra los enemigos de la cruz de Cristo (cf. Flp 3, 18), ciertos de que ni la vida ni la muerte podrán privaros del amor de Dios que está en Cristo Jesús (cf. Rom 8, 38), quien os acompaña en todo momento de peligro, diciéndonos: “si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor” (cf. Rom 14, 8; Bernardo, De laude, 2).

Todas las palabras que en san Pablo recibían contenido figurado (lucha interior) o reflejaban el sentido de la vida-muerte como unión con el Señor pascual, se entienden ahora en actitud guerrera. No se trata de sacralizar la guerra en sí. Bernardo sabe que la guerra entre cristianos constituye siempre un homicidio: por ninguna causa puede proclamarse y realizarse entre los fieles (*Ibid.*, 3). Sin embargo, la guerra de cruzada es santa, como signo de la victoria de Jesús sobre las fuerzas enemigas de lo malo:

Pero los soldados de Cristo (cf. Gál 5, 26) combaten confiados en las batallas del Señor, sin temor alguno a pecar por ponerse en peligro de muerte y por matar al enemigo. Para ellos, morir o matar por Cristo no implica criminalidad alguna y reporta una gran gloria... Cristo acepta gustosamente como una venganza la muerte del enemigo y más gustosamente aún se da como consuelo al soldado que muere por su causa. Es decir, el soldado de Cristo mata con seguridad de conciencia y muere con mayor seguridad aún... No peca como *homicida*, sino que actúa, se podría decir, como *malicida* el que mata al pecador para defender a los buenos: se considera como defensor de los cristianos y vengador de Cristo en los malhechores... La muerte del pagano es una gloria para el cristiano, pues por ella es glorificado Cristo... No es que necesariamente debamos matar a los paganos, si hay otros medios para detener sus ofensivas y reprimir su violenta opresión contra los fieles. Pero en las actuales circunstancias es preferible su muerte, para que no pese el cetro de los malvados sobre el lote de los justos (cf. Sal 124, 3), no sea que los justos extiendan su mano a la maldad (*Ibid.* 4).

Lo mismo que decían sobriamente las palabras de Graciano dicen ahora (en torno al 1135) estas proclamas poético-guerreras de Bernardo. En teoría (en evangelio puro), no sería necesario luchar con los infieles. Pero de hecho ellos cautivan a los fieles, les impiden desplegar en libertad su vida de creyentes. Por eso es necesario combatirles, arrancarles como hierba mala y contagiosa del espacio santo de los fieles. Parece que, en lenguaje de Mt 13, 29-30, estamos ya en la *hora de la siega final* cuando los enviados de Jesús (guerreros de la cruz) reciben ya el permiso (antes negado) de arrancar la cizaña que ha plantado el diablo.

*Domingo y Francisco. La verdad y la “pobreza”, dos heridas*

Significativamente, cuando Zúmel, teólogo de la Merced, quiere centrar la obra y figura de Nolasco no ha empezado por hablar directamente de cruzadas. Las conoce y sabe la importancia que tuvieron, sobre todo al situar el nacimiento de la orden sobre el fondo del rey Jaime I, un hombre clave de cruzada y reconquista. Zúmel ha pensado que san Pedro Nolasco ha de entenderse mejor a la luz de los otros dos grandes fundadores de ese tiempo: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís.

En realidad, el tiempo de las grandes cruzadas ya se había terminado sin lograr la posesión de Palestina, ni tampoco la transformación del cristianismo. Los auténticos problemas no se hallaban a ultramar, ni se resolvían combatiendo en guerra de cruzada. Estaban cerca, dentro de la misma cristiandad amenazada por sus propios males. Era necesaria una actitud nueva de búsqueda, una nueva pasión por la pobreza interpretada como ofrenda radical de todos los bienes de la tierra.

El siglo XII había sido *siglo de cruzadas*. Sobre la mente de los fieles cruzó como ilusión transformadora la esperanza de la nueva tierra, idealizada en Palestina. Pero la ilusión se fue apagando, rompiéndose en la dura vivencia de una guerra que jamás llegaba a convertirse en ámbito de reino. Era preciso un nuevo movimiento, una visión más honda y radical del evangelio. En esta perspectiva, según Zúmel, se sitúan los dos santos principales de *este nuevo siglo XIII*, Domingo y Francisco:

La mayor parte de España estaba oprimida, cruelmente ocupada por moros y turcos de tal forma que el mismo estandarte de la cruz era tratado como cosa sin gloria alguna. Pues bien, entonces surgió la *orden de predicadores* para iluminar la fe de Cristo y para que pudieran enseñarse los caminos verdaderos de la salvación, de tal manera que los hombres no se terminan arruinando en forma miserable en razón de su ignorancia. Cuando el mundo se encontraba lleno del deseo de riquezas, cuando ardía muy por dentro y casi se encontraba poseído ya por el furor de la soberbia, surgió la *orden más humilde del seráfico Francisco*, para abajar la soberbia, templar el ansia de riquezas y dar ejemplo de humildad y de paciencia (Zúmel, *De initio Ordinis de Mercede* 13).

Dejemos por ahora el tercer plano, la tercera herida del hombre que Nolasco curará con su acción liberadora. Precisemos mejor estos dos primeros planos. Ciertamente, Zúmel ha centrado en ellos los problemas primordiales de la historia, tal como se expresan desde el siglo XIII. Ciertamente, había división militar entre los pueblos; musulmanes y cristianos se encontraban en batalla. Sin embargo, el gran problema no se resolvía con la lucha: por eso, ni Domingo ni Francisco incitan a la guerra. Situados en el centro de la misma cristiandad, ellos intentan responder de una manera creadora, reasumiendo la raíz del evangelio, su palabra de verdad (Domingo), su radical desprendimiento (Francisco). *Dos son, por tanto, los primeros problemas.*

– *Uno es de tipo contemplativo, es decir, de conocimiento*: se trata de escuchar la verdad de Cristo, descubriendo su verdad por la palabra que se acoge y se predica entre los hombres. No se trata de imponerse a los infieles; no se gana la verdad con guerras. Los hermanos de Domingo serán “predicadores de la palabra”; de esa forma extienden la verdad del evangelio entre los fieles, especialmente los pobres; avanzando en esa línea, llegarán a ser pedagogos de la nueva cristiandad, sabios en filosofía y teología para convertir (transformar) a los infieles.

– *El segundo problema pertenece a la praxis, la conducta material de los creyentes*. No basta la palabra, es necesario el ejemplo radical de entrega, el compromiso en favor del evangelio. Infieles y cristianos viven dominados por la sed de la riqueza; luchan por tener y controlar los bienes de la tierra. Pues bien, sobre ese fondo ha de surgir un testimonio diferente, un nuevo ejemplo de acción (de vida activa), en seguimiento de Jesús, en humildad y en cercanía respecto de los pobres. Aquí se han situado Francisco y sus hermanos menores, como testigos de solidaridad entre los hombres (Zúmel, *Ibid.*, 12-14).

*En el plano del saber se han situado los predicadores de Domingo* que defienden y propagan la verdad por la palabra. Saben que las diferencias que dividen a los hombres no se pueden resolver por medio de la fuerza; no hay cruzada que convenza, ni ejército que pueda conquistar la paz por gracia de la guerra. El camino de Jesús sólo convence a través de la palabra. Por eso, los amigos de Domingo estudian y predicán para conseguir así el bien de las almas: viven en pobreza, rezan juntos y caminan por los pueblos; son predicadores andantes, al servicio de Jesús y su evangelio. Sin

---

embargo, estos misioneros populares que seguían el ejemplo de los primeros enviados (cf. Mt 10, 5-15) se convertirán pronto en *maestros* y *doctores*: la misma fuerza del mensaje les invita a penetrar en su sentido y exponerlo de manera coherente y sistemática. Por eso, su tarea ha podido culminar de alguna forma en santo Tomás de Aquino, que escribe la *Suma teológica* como un compendio de la fe para creyentes, y la *Suma contra gentes* como nuevo esquema de “cruzada intelectual” contra los infieles; ya no quiere utilizar directamente la guerra, quiere convencer a los demás a través de sus razones (Cf. *Liber Consuetudinum*, en M. Gelabert, *Santo Domingo de Guzmán*, Madrid 1974)

*En el otro plano, allí donde amenazan las riquezas y el poder, se ha situado Francisco de Asís con sus hermanos.* Ellos saben que en el fondo de toda la injusticia y lucha de la tierra hay un ingente anhelo de tener y dominar. Por eso, el verdadero enemigo de los fieles no son los musulmanes. Enemigo es la avaricia, la espiral de las riquezas y poderes que amenazan con ahogar toda la vida de los fieles en la iglesia. En esa perspectiva, con palabras y actitudes nuevas, se ha venido a proclamar otra “cruzada”:

Los hermanos, dondequiera que se encuentren sirviendo o trabajando en casa de otros, no sean mayordomos ni cancilleres, ni estén al frente de la casa en que sirven... Y por el trabajo pueden recibir todas las cosas que son necesarias, menos dinero. Y cuando sea menester, vayan por limosna, como los otros pobres. Y pueden tener las herramientas e instrumentos convenientes para sus oficios... Guárdense los hermanos, dondequiera que estén, en eremitorios o en otros lugares, de apropiarse para sí ningún lugar, ni de vedárselo a nadie. Y todo aquel que venga a ellos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente (*Regla*, I, 7). Por eso, ninguno de los hermanos... tome ni reciba ni haga recibir en modo alguno moneda o dinero ni por razón de vestidos ni de libros ni en concepto de salario por cualquier trabajo (*Regla* I, 8). Empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo y recuerden que nada hemos de tener en este mundo, sino que, como dice el apóstol, estamos contentos teniendo qué comer y con qué vestirnos (1 Tim 6,8). Y deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y los débiles, y con los enfermos y leprosos y con los mendigos de los caminos (*Regla*, I, 9).

A partir del ideal de Cristo-pobre, Francisco ha transformado la visión del caballero: el auténtico “cruzado” no combate contra nadie. Vive en actitud de entrega confiada y desprendida, con los pobres. En esta perspectiva, se descubren una *serie de valores que, unidos a la nueva burguesía naciente de Europa, pueden ayudarnos a entender mejor el evangelio* (Cf. J. A. Guerra, *San Francisco de Asís* Madrid 1978

– *El primero es el trabajo.* Como todos los pobres y menores de este mundo, los hermanos de Francisco han de ponerse a trabajar: llevan su herramienta laboral con ellos y sirven allí donde alguien pide o necesita su servicio. En este aspecto, son verdaderos proletarios. Pero ellos no venden su trabajo, como tendrán que hacer más tarde los obreros explotados; ellos lo regalan, dan de balde allí donde alguien pide o necesita su trabajo.

– *De aquí surge un segundo gran valor: los religiosos de Francisco han superado el sistema salarial.* No lo hacen por sentirse superiores, ni tampoco por urgencia del sistema, sino porque se ponen muy abajo, en la más honda pobreza de la tierra: ofrecen lo que tienen y después no exigen nada, nunca obligan, no se imponen. Regalan de esa forma su trabajo y luego confían en los otros. De pronto, sobre el viejo mundo que está roto por la lucha del dinero surgen hombres que suscitan un camino de esperanza.

– *Ellos no se apropián nada*, ni siquiera se hacen dueños de la tierra donde duermen (cf. Mt 8, 10): quieren compartir trabajo y tierra, caminos y pobreza, con los hombres del entorno. Así descubren que todos son hermanos: bandidos o ladrones, herejes, musulmanes o paganos... Trazan de esa forma un nuevo tipo de hermandad, de encuentro libre, gozoso, entre los hombres. Así no es necesaria la cruzada; la cruz ya no se tiene que alzar en las batallas. Los hermanos menores de Francisco extienden de esa forma el evangelio con la



propia pobreza y la experiencia de un encuentro fraterno entre los pobres. En esta perspectiva se sitúa su misión entre los no cristianos:

Así, pues, cualquiera hermano que quiera ir entre sarracenos o otros infieles vaya con la licencia del ministro... Y los hermanos que van pueden comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos. *Uno*, que no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda creatura por Dios (1 Pe 2, 13) y confiesen que son cristianos. *Otro*, que cuando les parezca que agrada al Señor anuncien la palabra de Dios para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo... (*Regla*, I, 16).

Se invierte así el esquema de cruzada. Los hermanos de Jesús no van como señores, no pretenden dominar ninguna tierra, ni se empeñan en librar Jerusalén de musulmanes: se presentan como hermanos, sin poder, sin ansia de riqueza ni deseo de conquista; ni siquiera van a suscitar disputa o controversia. Por eso confían, como pobres entre pobres, dando un silencioso y fuerte testimonio de Jesús entre los pueblos que parecen enemigos.

### *Pedro Nolasco, la herida de la libertad*

Seguimos el esquema de Zúmel. Domingo y Francisco han ofrecido su palabra en el lugar de las dos heridas primordiales: el ansia de verdad, la opresión de las riquezas. Al lado de ellos se sitúa otro problema superior, hallamos la tercera herida:

Nació entonces la orden de los redentores de S. María de la Merced... en primer lugar, para instruir a los cristianos cautivos, para confirmarles en la fe, de tal manera que no desfallecieran; nació también para liberarles, aun con riesgo de la vida, de las manos de los turcos y los moros, dándoles por ello las riquezas y aun la misma vida (Zúmel, *De initio*, 13).

El problema básico es que *no existe libertad*. En este aspecto, Nolasco y los primeros mercedarios vuelven a empalmar con el más hondo ideal de las cruzadas: también ellos luchan por conseguir la libertad, pero no la buscan por la guerra, ni piensan que se logra por medio de la toma militar de Palestina. *La herida primordial de nuestra historia* es que nos falta libertad: luchamos y nos oprimimos los unos a los otros; pues bien, los hermanos de Nolasco empezarán a caminar contra corriente, ofreciéndolo todo por conseguir la libertad de los cautivos (especialmente de los cristianos). Así lo dice *G. Torres*, maestro de F. Zúmel.

Así como la cautividad es suma miseria, porque *pobreza* es tener poco y padecer necesidad, *mayor pobreza* no tener cosa alguna, *suma pobreza* (es la de aquel que) a sí mismo no se tiene, sino que está cautivo... así por el contrario librar de este sumo mal es la obra más heroica de las que podemos usar con nuestro prójimo. Esta obra... (es) la más excelente de todas, porque si bien lo consideramos en ésta se incluyen todas las demás obras de misericordia: quien rescata a su prójimo, le adoctrina y enseña, vístele y dale de comer (*Declaración*, 13v, 14).

*Domingo* es misericordioso, porque enseña y dirige en el camino de la verdad a los que están en riesgo de equivocarse. Misericordiosos son los hermanos de *Francisco*, pues comparten la vida con los pobres. Pero la misericordia superior es la de *aquellos que liberan de su opresión a los cautivos*: les sostienen a través de sus visitas, para que mantengan firme la fe y la dignidad en el cautiverio; les liberan de su misma condición, si es que es posible, llevándoles a tierra de cristianos (cf. Zúmel, *De initio*, 13-14).

En ese tercer plano se sitúa, según Zúmel, el más hondo camino de evangelio. Ciertamente, Jesús fue gran *maestro*, el primero de los predicadores; fue el más pobre, *siervo de los pobres*, como saben sus hermanos menores. Pero en un sentido primordial *ha sido redentor*: se ha entregado en manos de Dios Padre para liberarnos de toda opresión y cautiverio; ha muerto para hacernos libres,

capaces de asumir la propia vida y realizarla de manera personal, superando así la ley del diablo-muerte que es el miedo y la violencia en la que estábamos hundidos. No basta con *decir* la verdad ni con *vivirla*, en plano de pobreza personal; debemos convertirla en *fundamento de liberación* para los hombres, como han pretendido los primeros mercedarios.

Al situarse en este campo, Pedro Nolasco y los primeros mercedarios han tocado *el nervio más sensible de la historia*: descubren y se empeñan en curar la herida más intensa de los hombres, es decir, la falta de libertad. La libertad es el problema original; por ella se dividen los hombres y combaten hasta someterse unos a otros; por ella se debaten en disputas de tipo intelectual; por causa (o falta) de ella quieren asegurar su vida en las riquezas... Así lo ha sentido Pedro Nolasco; por eso se ha empeñado en ofrecer un camino de libertad allí donde los hombres se encontraban menos libres:

La cautividad es la más honda (summa) miseria de los hombres, pues Dios les ha creado en suma libertad, y mientras se hallan detenidos bajo el poder de sarracenos viven de una forma absolutamente miserable (miserrime): no son dueños de sí mismos, se consumen en la más honda pobreza (Zúmel, *Constituciones*, 57).

Ciertamente, Zúmel piensa de manera especial en la carencia de libertad de los cautivos cristianos. Pero la misma lógica del tema le lleva a concebir esa falta de libertad como el pecado supremo, la opresión original de nuestra historia. *Pecado era el error* que corroe la verdad y divide las mentes (herida de Domingo). *Pecado era el deseo de poder-riquezas* que nos hace esclavos de las propias apetencias, llevándonos a luchar contra los otros (herida de Francisco). *Pero el pecado superior consiste en la negación de libertad*, allí donde impedimos que los hombres vivan como humanos, desarrollen su creatividad y puedan compartir el camino con los otros, en clave de confianza (de fe en el Dios de libertad).

El cautiverio de aquel tiempo era una concreción de ese pecado en contra de la libertad. Ese pecado que va en contra de la misma creación de Dios: es la miseria de todos los que, a causa de la lucha mutua y la violencia de la vida, no logran realizarse de manera autónoma y se encuentran sometidos al dictado social, afectivo y religioso de otros hombres. En esta perspectiva de servicio en favor de la libertad (para que la fe de los cristianos pueda desplegarse plenamente) se sitúa, según Zúmel, la obra de san Pedro Nolasco, allá en el siglo XIII.

Surge de esta forma una nueva y más perfecta *cruzada de evangelio*. Los hermanos de Nolasco ya no salen a luchar, como Teobaldo de Navarra, a la conquista de la tierra palestina, ni pretenden convertir el mundo a base de razones (como Domingo), ni pretenden dar ejemplo de pobreza (como Francisco). Ellos inician un camino de liberación sobre la tierra: buscan medios económicos, arriesgan la vida y planean una especie de “batalla redentora”, realizada con métodos pacíficos, saliendo así al encuentro de los mismos musulmanes (cf. Gómez, 188-191). Ellos se sienten caballeros, voluntarios de la empresa redentora. Van marcados con el signo de la cruz sobre su pecho (son auténticos cruzados) y pretenden suscitar un mundo nuevo, donde ya no haya cautivos.

### *Una ampliación. San Ignacio de Loiola*

Siglos más tarde, *Ignacio de Loiola*, peregrino de Jerusalén, llegaba a Roma a predicar otro modelo de cruzada. Está empeñado en transformar el mundo con su amor a Jesucristo. Por eso ha reasumido el simbolismo de la guerra santa:

El *primer punto* es poner delante de mí un rey humano, elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos. El *segundo* es mirar cómo este rey habla a todos los suyos diciendo:” mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por eso, quien quisiera venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después

tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos”. El *tercero* considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano y por consiguiente si alguno no aceptase la petición de tal rey cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo...

La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo Nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos. Y cuanto al *primer punto*, si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo Nuestro Señor, rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y cada uno en particular llama y dice: “mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria” (*Ejércitos espirituales*, n. 92-95).

Como el último de los caballeros cristianos, Ignacio de Loyola la ha presentado así el más intenso y universal llamamiento a la cruzada. El rey humano ya no se contenta con tomar Jerusalén, quiere conquistar “toda tierra de infieles”. De esa forma enciende la batalla donde pretendían combatir los buenos caballeros, la batalla donde el mismo Ignacio había querido destacarse, consiguiendo gloria, bajo el servicio del emperador cristiano (Carlos V), pero un día, en la muralla de Pamplona, Ignacio descubrió que aquella guerra había de cambiarse; salió de Loyola y pasando por Jerusalén llegó hasta Roma: la cruzada universal del rey humano era tan sólo una señal de otra más honda y superior cruzada, aquella en la que el mismo Jesucristo nos invita a conquistar el mundo.

Esta nueva cruzada de Ignacio, el caballero-peregrino, tendrá aspectos de búsqueda interior y de total desprendimiento, pero vendrá a manifestarse de una forma más intensa como *entrega al servicio del apostolado de la iglesia*. Ciertamente, la iglesia estaba en el fondo de todo lo anterior, en los caminos de Domingo, Francisco y Nolasco. Pero sólo ahora aparece como centro de preocupación, como sentido directo de la gran batalla escatológica que empieza a librarse sobre el mundo, como lo indica *la meditación sobre las dos banderas*:

Así por el contrario se ha de imaginar del sumo y verdadero capitán, que es Cristo Nuestro Señor. *El primer punto es* considerar cómo Cristo Nuestro Señor se pone en un gran campo de aquella región de Jerusalén, en lugar humilde, hermoso y gracioso. *El segundo*, considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas (*Ejercicios*, n. 143-145; cf. 135-147).

Esta batalla de Jesús, un tipo de *conquista universal* que se planea y se realiza como apostolado, al servicio muy concreto de la iglesia cuyo centro es Roma. Por eso, los soldados de la *compañía de Jesús* han de prepararse como verdaderos militares, superando todo anhelo de riqueza, de honor y de soberbia (cf. *Ibid.*, 142, 146): dejarán honra y grandeza de este mundo para seguir a Jesucristo en un camino de misión o apostolado que realizan en nombre de la iglesia (*Ibid.*, 352-370). De esta forma, Ignacio de Loyola convierte la cruzada de Jerusalén en gesto radical de apostolado al servicio muy concreto de la iglesia. Ella es el ejército de Cristo y los jesuitas serán la compañía de escogidos para sus misiones más difíciles y urgentes. La victoria de Jesús en este mundo viene a interpretarse así como expansión y triunfo de la iglesia.

Hemos querido presentar esta pequeña nota sobre Ignacio porque nos ayuda a situar la acción y empeño de Nolasco dentro de la historia que Zúmel escribió en 1588 en Salamanca. Sabemos ya cómo destaca los problemas que han tomado como propios Domingo, Francisco y Nolasco: verdad-engaño, pobreza-riqueza, libertad-cautiverio. La nueva compañía de Ignacio de Loyola, ya extendida por Europa y por el mundo, había reasumido el tema de cruzada para explicarlo como apostolado general para servicio de la iglesia, realizando una labor inmensa en los tiempos que ahora empiezan

(desde el siglo XVI). La intensidad de su obra es nueva, nuevas las posibilidades que ofrecen el renacimiento y el barroco, más fuerte y unitaria su visión de iglesia.

Pero, a pesar de ello, Zúmel no cambia el esquema: sigue situando a Nolasco junto a Domingo y Francisco, como los tres grandes profetas de los tiempos nuevos. Han descubierto las heridas del hombre, han comenzado a ofrecer sus soluciones. Ellos siguen como guías de evangelio en nuestra tierra. es evidente que, de ahora en adelante, hay que contar con el modelo de Ignacio, que elabora su proyecto misionero a partir del mismo fondo de cruzada que ya conocemos; pero el esquema verdadero sigue, según Zúmel, como estaba: tres son las heridas del hombre y la más grande de todas la negación de libertad. Es aquí donde Pedro Nolasco viene a situarnos ya directamente.

### *La Merced, un signo mariano.*

He venido aplicando la palabra Merced a Dios, a quien los mercedarios han visto siempre como *Padre de Misericordia*. Esa palabra puede y debe aplicarse también a Jesús, pues Cristo ha sido y sigue siendo el primer *Redentor de cautivos*. Pero en un sentido más estricto mercedarios y mercedarias han tomado su título y nombre de María: no se llaman "nolasquinos" (de Pedro Nolasco), en la línea de los "dominicos" (de Domingo de Guzmán) o los "franciscanos" (de Francisco de Asís), sino mercedarios, es decir, hermanos y hermanas de Santa María de la Merced, Redentora de Cautivos, a quien toman como su auténtica Fundadora.

– *Este título, María de la Merced*, no es una referencia de lugar, como los de Lourdes o Fátima, Monserrat o Guadalupe, aunque esos nombres hayan recibido también un sentido carismático especial. La Merced es, más bien, un título teológico y apostólico, que está indicando una faceta importante del misterio de María, la Madre Jesús, de manera que puede convertirse en principio de una acción liberadora al servicio de los hombres cautivos.

– *Este título está vinculado a la vida y obra de San Pedro Nolasco*, que más que fundador autónomo de familia mercedaria aparece como devoto de María y promotor de su obra de Merced sobre el mundo. En los primeros documentos, el grupo de los redentores de cautivos aparece como *Orden de Santa Eulalia* (por el nombre de la casa donde residían, en Barcelona) o *Redención de Cautivos* (por su tarea específica). Pero muy pronto, por impulso del pueblo y elección de los mismos hermanos y hermanas, el grupo empieza a llamarse Orden u obra de Santa María de la Merced, de la Redención de cautivos.

Este nombre no fue resultado de una imposición jerárquica, ni elección más o menos arbitraria de los primeros hermanos y hermanas, sino resultado normal de un proceso en el que ellos fueron descubriendo que su obra de *Merced* (Redención de Cautivos) se encontraba vinculada de manera muy intensa con *María*, de manera que ella (María) viene a presentarse como Madre de la Merced y la Merced de María se define como obra de María. Los hermanos y hermanas podrían haber redimido cautivos sin apelar a la Madre de Jesús o haber mantenido separados los dos elementos (devoción mariana y acción liberadora). Pero los han vinculado de un modo gozoso y comprometido, de manera que María y Libertad aparecen unidos en el título de la Merced.

Esta vinculación constituye una de las mayores aportaciones de San Pedro Nolasco, como ha destacó ya hacia 1400 el hermano *Nadal Gaver*, que recogió y transmitió de forma clásica la primera experiencia mariana del movimiento mercedario, contando la Descensión o bajada liberadora de María, en un relato ejemplar donde se recoge para siempre la inspiración liberadora que está al fondo de los diversos grupos mercedarios. Esta es en resumen su relato:

– *Historia previa*. Pedro Nolasco había empezado a realizar su obra el año 1202, con un grupo de hermanos y hermanas. Pero un día descubrió que ella no avanzaba, llegando a pensar que el grupo y obra podía disolverse. Estaba ya en 1218. Habían pasado muchos años. Había gastado su fortuna y la fortuna

de varios amigos, pero no se lograban verdaderos resultados. Aumentaban las dificultades, crecían los cautivos, la obra es estancaba. Pues bien, estando de noche en oración, con estos pensamientos, invocando a la Señora, Madre de Jesús, sintió que alguien se acercaba. ¿Cómo lo sintió, qué vio, cómo escuchó las palabras? Este es el secreto luminoso de la experiencia mercedaria, una historia que deben evocar siempre de nuevo devotos de María de la Libertad.

– *Diálogo*. La experiencia mariana de Pedro Nolasco se expresó en un diálogo o revelación fundamental en cuatro momentos. 1) *Ella viene y Pedro pregunta: ¿Quién eres tú?* Quiere saber quién es la Señora; estar seguro, saber con quién habla. 2) *La Señora revela su deseo*. Antes que decirle quien es, ella le ofrece una tarea: que siga liberando, que no deje su obra, sino que la asuma de nuevo y la organice de manera más intensa, como movimiento de liberación. 3) *Nueva pregunta de Nolasco: ¿quién soy yo para realizar esta tarea?* Es una pregunta que aparece en gran parte de las experiencias espirituales, ya en el Antiguo Testamento (por ejemplo en Moisés e Isaías). 4) *La Señora no responde de manera directa a esa pregunta, sino que lo hace de un modo indirecto*, ofreciéndole de nuevo su tarea, en nombre de Cristo. No es tarea nueva, no es algo que Nolasco no supiera, sino la obra de Merced, de redención de cautivos.

– *Revelación mercedaria de María*. Sólo al final, para ratificar su encargo, la Señora se presenta a sí misma diciendo, de manera condensada: "Yo soy María, aquella en cuyo vientre asumió la carne el Hijo de Dios, tomándola de mi sangre purísima para la reconciliación del género humano. Yo soy aquella a la que dijo Simeón cuando ofrecí a ese Hijo sobre el Templo, para realizar la obra de Dios: mira éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos; será signo de contradicción; y a ti misma una espada te atravesará el alma" (Lc.2, 33-34).

De esta forma viene a revelarse María de la Merced: aparece como aquella que ha dado y sigue dando su sangre, es decir, su vida, a favor de los oprimidos y cautivos. Ciertamente, los mercedarios y mercedarias saben que ella es la *Theokokos* o Madre de Dios; saben que es *Inmaculada* y que está *Asunta* en el cielo. Pero en el centro de su piedad mariana han descubierto, con Pedro Nolasco, otro elemento: María sigue sufriendo con Jesús a favor de los oprimidos y cautivos; ha dado y sigue dando su sangre por ellos (pues la dio para el nacimiento de Jesús); ellos descubren que María sigue llevando en el alma la espada de dolor redentor por los cautivos. Los grandes textos del dolor de María (Lc 2, 33-34, la espada de Simeón, y Jn 19, 23-25, compasión bajo la cruz), incluyen diversos temas: ella ha sufrido su noche oscura por no entender a Jesús, por ver el rechazo de los judíos y de todos los no cristianos, por sentir su dolor en la cruz... Pues bien, en el fondo de esos textos, los mercedarios han visto con Pedro Nolasco algo nuevo:

– *María sigue sufriendo hasta el fin de los tiempos allí donde sus hijos se encuentran cautivos*: Así aparece como *mujer y madre solidaria*. Ella es con Jesús el recuerdo viviente de la herida que forma la opresión en este mundo; ella es la memoria viva de las injusticias que destruyen a los hombres y mujeres de la tierra. Así aparece como expresión viviente de la solidaridad de Dios, que penetra en la debilidad del mundo, para sufrir con los que sufren. Ella representa de algún modo a todos los cautivos del mundo.

– *María es, al mismo tiempo, impulsora y garante de un movimiento de libertad*. De esa forma anima, desde abajo, a partir de los mismos cautivos, un camino y proceso de liberación y así aparece como promotora y garante de liberación. Ella no se encuentra simplemente arriba, desentendida de la historia humana; no está en un cielo de felicidad ya conseguida, dejando a un lado los problemas de la humanidad sufriente, sino todo lo contrario: unida con los pobres y cautivos, a favor de ellos, promueve un movimiento de liberación cuyo primer hermano ha sido Pedro Nolasco.

Esta ha sido la mayor aportación religiosa de Pedro Nolasco: él ha puesto su movimiento de liberación bajo el amparo y guía de la Madre de Jesús, a quien presenta como *Madre de gracia y de Misericordia*, es decir, Merced de Dios, principio y garantía del compromiso cristiano a favor de la liberación de los cautivos.

## Esquema final

### 1: Plano social

1. *Crisis del feudalismo*, fin de un tipo de estructura jerárquica de la sociedad, donde el hombre aparecía básicamente como siervo, dentro de una estructura de obediencia al Señor Dios y al señor político. Europa se atreve a iniciar un tiempo nuevo de conocimiento y autonomía.
2. *Fracaso de las cruzadas... 1187, caída de Jerusalén*. A lo largo del siglo XII la cristiandad feudal había creído en la posibilidad de una victoria militar sobre el Islam, extendiendo por las armas el dominio cristiano. Pero con la caída de Jerusalén, el año 1187, ese ideal entra en crisis. Hay que buscar otras formas de relación con el Islam
3. *Se estabilizan los frentes sociales (cristianos, musulmanes), crece el cautiverio*. Se transforma la vida social, surge una experiencia nueva de ciudadanos libres, vinculados a su propio trabajo... Pero comienza también una sociedad mercantil, centrada en el dinero, con sus grandes riesgos. Mirada desde el Mediterráneo, la sociedad se divide en grupos humanos y religiosos.
4. *Nueva conciencia de Iglesia, papa Inocencio III (1198-1216)*. La Iglesia se estabiliza como realidad social y nacen nuevos grupos y tendencias religiosas, con asociaciones y órdenes, desde los trinitarios hasta los dominicos, franciscanos, mercedarios etc.

### 2. Plano religioso

1. *Trinidad y libertad*. El Abad Joaquín de Fiore (1135-1202) anuncia la llegada de un tiempo nuevo de libertad. Había pasado el tiempo del Padre (AT, minoría de edad de los hombres), el tiempo del Hijo “jerárquico”, como Pantócrator impuesto con autoridad desde arriba. Había llegado la Edad del Espíritu Santo, es decir, de la libertad.
2. *Francisco de Asís y Domingo de Guzmán*. Representan la superación del Espíritu de cruzada, el nacimiento de un nuevo cristianismo, fundado en la libertad racional y el testimonio de la vida.
3. *El signo mariano*. Se le da mucha importancia a la Virgen como signo básico del nuevo espíritu religioso, en línea de humanidad.

### 3. San Juan de Mata y San Pedro Nolasco

– *El Cristo trinitario, signo de intercambio, de libertad*. El 1198, Juan de Mata crea en Francia la Orden de la Trinidad, para redimir a los cautivos. Es una Orden de Clérigos al servicio de la comunión. Su signo es un Cristo que da la mano al cristiano y al musulmán, al blanco y al negro. El Cristo trinitario, que no impone un imperio universal cristiano sobre todo el mundo conocido, que no quiere imponer su signo a todos. Este signo supone que los otros (los negros, los moros...) también tienen que ser liberados, para seguir su propio “orden” para vivir en paz.

– *Una iglesia del intercambio...*, es decir, del primero de todos los “mercados”, que consiste en cambiar cosas (mercancías) para bien de todos. Pues bien, el mayor de todos los “intercambios” es el que se realiza entre los hombres. Se quiere ofrecer libertad para unos y otros. Por encima del dinero está la comunión entre los hombres...

– *Un mercado de hombres, un mercado al servicio de la libertad*. Un mercado que se pone al servicio de la libertad de cada uno... sea por canje, sea por compra. Se puede emplear dinero para “comprar” cautivos musulmanes en tierra cristiana, para liberarles a ellos. El gran tema de la modernidad será el convertir el dinero en principio de liberación, al servicio de la libertad de unos y de otros, en contra de lo que ha llegado a ser el neo-capitalismo, que utiliza el dinero para esclavizar.